

## PRESENTACIÓN

Todo aniversario que se cumple en números redondos causa inevitablemente alegría mezclada con perplejidad y un dejo de inquietud. En países con instituciones culturales jóvenes y vulnerables como son los de Latinoamérica, es una hazaña extraordinaria lograr que un arte tan complejo y versátil como el teatro sea cultivado con la persistencia y amplitud con que lo ha hecho el Teatro de la Universidad Católica durante estos cincuenta años. La celebración y la fiesta entonces se imponen.

*"El tiempo pasa... nos vamos poniendo viejos"*, reza la canción popular. Y la vejez se asocia en este tiempo de exaltación de lo nuevo como decadencia y esclerosis. De aquí el escalofrío involuntario que nos recorre y como contrapunto, el ánimo de reafirmar el espíritu de revisión, de evaluación, de apertura a corrientes y experiencias renovadoras.

Porque en verdad, al cumplir medio siglo de vida, la mirada cambia de nivel y se aquilatan todas las savias que recorren el tronco y las ramas de este cuerpo vivo. Nada de lo ocurrido en este tiempo ha sido en vano: la impronta de todo lo bueno y lo malo, de lo imperfecto y lo extraordinario, queda incorporada a una experiencia colectiva que imperceptiblemente orienta rumbos y valoraciones. Estamos hablando de una institución creadora, procesadora, transmisora de cultura y de arte. Por ello, sus fronteras con el entorno son difusas: hace parte de la vida de las cientos de miles de personas que en Chile y en el extranjero han participado del rito del teatro como espectadores, como colaboradores, como inspiradores. Muchos dolores humanos, muchas preguntas inscritas en la experiencia de la existencia de cara a la historia, a la intimidad del sujeto, a la trascendencia, han sido explorados en sus escenarios... Los creadores han dejado partes muy sensibles de sí en cada uno de los 141 montajes profesionales y en los innumerables montajes docentes, talleres, ejercicios de actuación realizados en la Escuela y en el Teatro. La investigación de lo teatral también ha implicado escudriñar en lo profundo de procesos históricos, psicológicos y de la expresión teatral, conectándose con diferentes fuentes del saber ligadas a diversas disciplinas humanas y artísticas.

Por eso, hablar de 50 años de vida de este Teatro es necesariamente hablar de las conmociones

humanas que lo sustentan. Hay una dimensión sacrificial u ofrenda de sí a la causa de descubrir la verdad a través del teatro. Al trabajar con la carne viva de las emociones, los sentimientos, las ideas e incluso en ocasiones, las ideologías y la fe, el compromiso personal con la tarea es grande, provocándose intensas vivencias y relaciones humanas.

La exposición del actor con todo su cuerpo (y por lo tanto, su ser) en el escenario lo hace a la vez poderoso y vulnerable. El dramaturgo pone en palabras y en estructuras de lenguaje la experiencia y la visión de la vida de los seres que ha elegido y que lo identifican; sus horrores y grandezas, o incluso su cotidianidad amarga y deslucida, motivan su develamiento. Los ambientes y personajes, las pulsiones y atmósferas de lo textual se encarnan en una constelación de signos y en un mundo concretado en el escenario, a los que concurren el director, actores, escenógrafo, vestuarista, tramoyas, músicos... La experiencia se hace compartida y cambia de soporte, provocando quizás contradicciones al dramaturgo. El director, por su parte, define un estilo y un punto de vista a la creación escénica. También, establece reglas del juego y formas de realizar el aporte de cada uno de los partícipes del montaje. Pero en los orígenes de la decisión de poner en escena a un autor y un título hubo un Comité de Repertorio motivado por algo especial que vio en la obra y que genera expectativas que tienen que ver con un proyecto, con una historia, con un presente... Lo mismo le ocurre al espectador, que orientado por diversas informaciones y experiencias personales, tomará la decisión de participar de este acto de intercambio de símbolos y vivencias que es el teatro.

Estas fuerzas operando al unísono tienen sus propias dinámicas y contradicciones, nada fáciles de encauzar y llevar a buen puerto. Los participantes explorarán las mejores maneras de enfrentar cada uno de los aspectos del proceso. Algunas irán por el lado formal, y se instituirán reglamentos. Otras se apoyarán en la costumbre y la tradición, o experimentarán e innovarán en las relaciones de y con el trabajo y la creación. Se generarán corrientes, flujos, afinidades e incompatibilidades. La aspiración de poder, los celos e incomprensiones pueden aflorar; también, la solidaridad, la cohesión interna, el respeto por la identidad, las capacidades y las necesidades del otro. En este medio siglo de existencia del TEUC se ha aprendido que si una institución involucrada con el arte no crece humanamente a medida que crece institucionalmente, abortará a corto plazo su propio proyecto.

La docencia tiene también sus desafíos no menores. Desde concebir un tipo de *persona de teatro* que se quiere formar y elaborar un currículum que lo haga posible hasta la experiencia más personal y directa de establecer las condiciones propicias y provocar los estímulos para que el talento y la capacidad de expresión y comprensión de los alumnos aflore y se consolide. Y que, por cierto, esto ocurra conjuntamente con su enamoramiento con el oficio y con la adhesión a los principios éticos que lo sustentan.

Lo anterior implica un constante diseño de políticas culturales atentas a la experiencia diaria de la vida institucional, capaces de generar, perfeccionar, impulsar proyectos significativos para quienes participan en ellos desde diversas posiciones.

Este cincuentenario de cumple en el seno de una institución mayor –la Universidad– que plantea el desafío ya no de *pertenecer a* sino de *ser* universidad. Para el Teatro, esto ha significado un largo proceso de legitimación ante los demás estamentos universitarios y de transformación y crecimiento como proyecto de Escuela. Ha sido necesario asumir y vivir a fondo la experiencia universitaria de experimentar, investigar, enseñar, orientar, asimilar la tradición, innovar atentos a las transforma-

ciones del medio, insertos en una corriente cultural en los difíciles tiempos de la modernidad y la posmodernidad.

También, hay un medio teatral, un país, un mundo en actividad y contradicción del que se es parte, del cual se acogen algunos elementos y otros se interpelan a través de la propuesta artística realizada.

Hemos querido recrear en esta publicación cada una de estas capas que confluyen y componen la vida del Teatro de la Universidad Católica, en un tiempo definido (1978-1993), continuando así **Testimonios del Teatro, 35 años de teatro en la Universidad Católica**, que realizara en conjunto con Giselle Munizaga en 1979. Retomar este trozo reciente de historia fue difícil, ya que como autora no sólo me encuentro en la situación de espectadora o relatora de lo vivido por otros, sino que ahora soy yo misma testigo y parte activa de este acontecer. El compromiso ineludible que esta relación genera tiene la ventaja de inspirar un amor y cuidado especiales en la tarea. El peligro de la parcialidad se contrapesa con un método de trabajo riguroso: cada afirmación y relato surge de documentos, entrevistas, citas, descripción de hechos y circunstancias que hablan por sí solos, reproduciendo así el pulso que caracteriza a cada época desde el lenguaje que le fue propio.

El inicio de este relato en 1978, en principio, una opción prefigurada por la fecha de término del Testimonio anterior, demostró tener una lógica fundamental. Justamente en ese año se inicia un nuevo período institucional de la Escuela, al formarse la Escuela de Teatro de la Universidad Católica, heredera del Teatro de Ensayo y de la Escuela de Artes de la Comunicación en su Centro de Teatro. Don Eugenio Dittborn fue el encargado de diseñarla, de impulsar cada una de sus actividades y definiciones, de congregar un grupo humano capaz de realizarlo y defenderlo. El mismo vivió en corto tiempo una abigarrada serie de circunstancias, algunas plenas y gratificantes, otras dolorosas. Cuando la muerte lo sorprendió al año siguiente, su función de eslabón entre dos tiempos, dos épocas, dos formas de trabajo ya se había producido. Nuevos alumnos habían ingresado a la Escuela, se tenía una sala de teatro propia, se habían encontrado los medios de ir realizando y arriesgando cada uno de los proyectos creativos, docentes y de investigación. A él le dedicamos con gratitud y reconocimiento—también con mucha emoción— esta parte de la historia del Teatro de la Católica que él intuyó pero que no alcanzó a ver materializada, a pesar que muchos afirman que su espíritu jugueteó aún no abandona nuestro teatro.

Sorprende la cantidad, diversidad, amplitud de acontecimientos y realizaciones de estos últimos quince años. También, la fortaleza y capacidad de los sucesivos directivos del Teatro UC de superar problemas y de revertir las frecuentes crisis. Porque las hubo, porque fueron éstos tiempos especialmente difíciles, quizás los más de toda la historia de este Teatro. Es bueno revisar, testimoniar, reflexionar. Aunque estamos cerca, ya hay alguna perspectiva y distancia, favorecida por el cambio de clima cultural en la universidad, en el país, en el mundo, propio de los "90".

Al recorrer y atravesar los diferentes períodos de esta historia reciente, que distinguimos según los cambios realizados en la Dirección de la Escuela, advertimos que están saturados de actividades y hechos específicos. No obstante hay sobrevivencias, marcas que aparecen una y otra vez, en el lugar más inesperado. Es el caso de algunos legados de los fundadores (recurrencia a los autosacramentales, espíritu de *ensayo* y de investigación, pasión por el oficio, sensibilidad por el aspecto plástico-visual del espectáculo, malabarismo de hacer una gran obra con pocos recursos). Es también

extraordinaria la huella viva de Eugenio Dittborn, que impregna a las personas y al trabajo de un espíritu, una mística, una proyección peculiar. Es el caso de la presencia vivificante de los jóvenes: privilegio de hacer arte en la Universidad, siempre expuesta al contacto con las nuevas generaciones.

Incluimos una segunda sección a esta publicación, dedicada a recoger los testimonios y reflexiones de algunas personas que han participado activamente en este Teatro a lo largo de sus 50 años. Estos protagonistas expresan a través de sus propias palabras y estilos sus vivencias, sus imágenes, la manera como su paso por este espacio teatral definió aspectos importantes no sólo de su quehacer teatral sino incluso de su vida. Lo que ellos cuentan nadie más que ellos lo puede relatar de esa manera, con ese conocimiento de causa, con ese sentimiento. El valor de estos testimonios se acrecienta con la afortunada circunstancia de que los fundadores y los miembros de las generaciones más antiguas de este Teatro estén vivos y plenamente activos al cumplirse este cincuentenario. También, el que representantes de todos los oficios y funciones dentro de la estructura multifacética de la Escuela manifiesten su experiencia de contribuir a la labor que allí se realiza. Arte colectivo por excelencia, el teatro tiene una rara vocación por la integración y la participación de cada uno de los muchos que concurren a hacerlo realidad. Y aunque algunos llegaron a él por caminos inesperados, el *bichito* del teatro los capturó definitivamente y los hizo parte de este mundo para siempre.

Esperamos que estos testimonios y este seguir acopiando a la memoria histórica de este Teatro, el que ocupa un lugar central en la vida cultural chilena, y con seguridad uno de los más productivos y creativos de toda Latinoamérica, abran un camino de reflexión y diálogo en torno al valor y la dificultad de mantener vivo el espíritu fundante del Teatro. Si somos capaces de realizar en plenitud el concepto humanista, universitario y experimental que esconde la definición de Eugenio Dittborn de la creación teatral como la de *andar detrás de la verdad*, entonces es muy probable que este nuevo capítulo de la trayectoria de esta institución sea parte de una serie que continúe escribiéndose a medida que se junten nuevas décadas de vida.

¡Largo viva el teatro... y sigamos adelante!

María de la Luz Hurtado